

tes; sus manos estaban vacías de buenas obras, su alma abrumada de pecados; no entendía cosa de plegarias ni de oraciones; pero Yo la miré y se enamoró de Mí; y se puso calladamente á mis pies; y allí puesta se convirtieron sus ojos en fuentes de lágrimas, y lloró tanto, que los cielos mismos admiraron su dolor. Nada me ofrecía sino ella sola; nada me pedía sino á Mí; y con esto solo, su corazón conrito y humillado se revistió de resplandeciente y más angélica hermosura; y con esto solo, si hubieran podido envidiarla, la hubieran envidiado todos los coros de mis ángeles y de mis serafines, porque me enamoré de ella y la hice mía, y santifiqué con mi presencia el corazón conturbado de la arrepentida pecadora. ¿No soy el que llevé conmigo al Paraíso el alma de aquel famosísimo ladrón, en la sangrienta tragedia del Calvario? ¿Quién fué jamás ni más culpable ni menos menesteroso que él? Pero al rendir su espíritu puso en mis manos, como yo puse el mío en las manos de mi Padre, y así como mi Padre lo recibió, yo le recibí. El océano de su amor había pasado por la cumbre de mis culpas.

«Yo soy Aquel que antes de dejarme ver de los reyes, me dejé ver de los pastores; que antes de llamar á Mí á los abastecidos, llamé á los necesitados. Yo soy Aquel que andando por el mundo dí salud á los dolientes, lumbré á los ciegos, limpieza á los leprosos, movimiento á los paralíticos, vida á los muertos. Yo soy Aquel que, para dar de beber á los sedientos, hice brotar las aguas de las rocas, y para dar de comer á los hambrientos envié el maná y multipliqué los panes. Yo soy Aquel que puesto entre los pobres y los ricos, los ignorantes y los sabios, entre los arrogantes y los humildes, pasé sin decir nada junto á los ricos, entre los arrogantes y los sabios, llamé con tierna voz á unos pobres ignorantes y humildes pescadores, y me hice todo suyo, y les lavé los pies, y les dí mi Cuerpo por manjar y mi Sangre por bebida: que tanta fué mi querencia.

«Nada amé tanto como la pobreza y vuestro amor después de la gloria de mi Padre. Siendo Soberano Señor de todas las cosas me despojé de todas ellas para ser uno de vosotros. Á uno de vosotros que á ningún príncipe del mundo, dí la gobernación de mi iglesia sacratísima; y para conferirle aquella suma potestad, no le pregunté lo que tenía ni lo que sabía, sino lo que amaba. No le examiné de doctor, sino de amante. Yo mismo dejé mi vestidura de rey y tomé la de siervo. Una mujer fué mi madre, un establo mi aposento, un pesebre mi cuna; pasé mi infancia en desnudez y en obediencia, viví atribulado; comí el pan de la caridad; no tuve un día de reposo; llenáronme de vituperios y afrentas; mis profetas me llamaron *varón de dolores*; escogí por trono una cruz, descansé en un sepulcro ajeno: al entregar mi espíritu á mi Padre, os llamé á todos á Mí. Y desde entonces no me canso de llamaros: ved cómo tengo la cruz, para recibiros á todos entre ambos brazos tendidos.»

DOLOROSA.

¿En qué linfa serena, en qué onda transparente empaparé, Señora, el pensamiento mío, para que pueda comprender tus excelencias? ¿Cómo domar la incurable torpeza de esta palabra, flaca y miserable, que se arrastra como escamosa sierpe por la tierra, sin tener alas para alzar el vuelo? ¡Ay! bien lo sabes: soy menesteroso y pobre; nada puedo por mí; vivo penosa vida de congojas, y los huracanados vientos del espíritu han desquiciado mi inteligencia, que solo debió ser bruñido espejo que reflejara tu celeste imagen. ¿En qué lengua, Señora, y con qué voces podré hablarte, si no hay en mí cosa ninguna virgen de pecado, y he abierto mi alma á todas las pasiones? Fuérame dado remontar el curso de los años, volver á la apacible edad de la inocencia, y entonces, desatando mi entusiasmo, mi lengua cantaríá tus alabanzas.

Maş encuéntrome ahora como el niño descarriado que sale al clarear el alba de la quieta heredad donde duermen sus padres, y discurriendo desatinadamente por los campos, correteando tras la gallarda mariposa que se aleja y se aleja como el ideal; inquiriendo la breñosa espesura de los bosques para coger los nidos de las aves, y abrevando su ardiente sed con la agua del arroyo, tomada con la palma de la mano, no advierte el raudo vuelo de las horas, no medita en las amantes inquietudes de sus padres, y cuando el hambre le hace cobrar de nuevo la memoria, y quiere volver á la heredad, piensa que está muy lejos de la casa, en lo más intrincado de la selva, donde no se percibe otro ruido que no sea el del agua corriendo blandamente y el del aire que agita las nerviosas ramas; y recorre el boscoso laberinto, y busca la salida, y no la encuentra; y cada vez el sol despide de su carcax más vivos rayos; y cada vez el bosque angosta más sus fúnebres callejas; ya los piés desangrados brotan sangre, y los hinchados ojos brotan lágrimas; ya el pequeñuelo cuerpo no resiste la fatiga, y á cada paso que el rapaz avanza, aguijoneado por el miedo, piérdese más en vez de hallar camino; el sol le abruma, las espinas destrozan su calzado, las erizas ramas de los árboles desgarrán su vestido en mil pedazos: camina el sol, las auras

de la tarde refrescan la atmósfera y comienza á caer menuda lluvia; el niño corre, corre: y declina la tarde, las aves vuelven piando á sus nidos que están ocultos en la fronda; cada pino guarda un coro de pájaros cantores que se despiden de la luz, traspasan poco á poco el ópalo del cielo las agujas doradas de las estrellas; la sombra comienza á subir como una marea oscura por la vertiente de los montes, y el niño, despavorido, sin aliento, sigue su correría vertiginosa, apenas se detiene para tomar resuello, sigue, sigue; el viento sopla, las encinas tienen solemnes diálogos entre sí; los sauces sacuden sus cabelleras trágicas; vanse apagando todos los rumores, cierra la noche cada vez más densa, se horadan más y ahondan las quiebras y aberturas del camino, todos los seres mudos y eternamente encadenados que avara guarda la Naturaleza, el tronco descuajado, el pino enhiesto, la oquedad rugosa de la encina, y la peña gigante de granito, se animan con la monstruosa vida de la sombra; cruje la rama, chasca la hojarasca, el árbol tiende brazos musculosos, y aguarda el peñón inmóvil, como atleta fatigado; el niño oye esas voces solemnes de las cosas, esquivá el brazo de los cedros, sortea los abismos, huye, corre, á cada paso cree mirar, brillando como carbunclos en lo negruzco de las hojas, las pupilas sanguinolentas de los lobos; trotan, galopan en su memoria los horribles cuentos que su vieja nodriza le narraba, y ya sin fuerzas para seguir su caminata, ni para estremecer el aire con sus gritos, ni para derramar mares de llanto, cae por fin desfallecido, como un cuerpo muerto, mientras el viento se retuerce entre los cedros y las nubes escalan el espacio.

Yo también, como el niño descarriado, seguí sendas torcidas y me perdí en la soledad del bosque: yo también, como aquel, sentí fatiga, miedo, vi caer la noche, cerrarse el manto de la sombra y aparecer las fieras alimañas, que medran á favor de las tinieblas; yo también, desmayado, caí en tierra, con el cuerpo inerme, difunta ya la voluntad, y no fuí, cual debiera, pasto de los lobos, porque Tú me amparaste, ¡oh gran Señora! Ha pasado la noche; un leñador piadoso que se apiada del abandono en que fallezco, parte conmigo el pan de la mañana, enjuga mis lágrimas, ata con dura venda mis pies que sangran todavía, me echa sobre sus hombros y me lleva á la quieta heredad donde mis padres llorarán seguramente.

El cielo está más puro y transparente; los endriagos y seres demoniacos que trazaban su rombo tétrico en la noche, no mueven ya las alas de murciélago.

Dios ha visto la tierra, y su mirada, que es luz y calor, pinta de azul el infinito espacio, de blanco las nubes, y de color de rosa los espíritus; el agua tartamudea como una niña en su cuna, y se alza de los trigales y las sementeras el rumor confortante de la vida: ya vamos llegando á la heredad; allí está el pueblo con su parroquia

parda coronada por un ángel de bronce que, extendidas las alas, fija la planta inmóvil en el campanario: allá está el camposanto, con sus tapias verdosas y agrietadas: los muertos cuyas almas no han subido aún al cielo y penan bajo la cruz de tosco palo, cuentan su tristeza al ciprés para que éste la cuente á las aves, las aves á la luz, la luz al cielo: ya alcanzo á columbrar los muros de mi casa, ya escucho el cacareo de las gallinas y el relinchar de los caballos en el patio; miro el polvo dorado que circunda como auréola celestial el círculo negruzco de la era; distingo el viejo fresno que sombrea la puerta, y miro abajo el banco de piedra donde mi padre reposa blandamente por las tardes, y cuenta las cabezas del ganado; pero ¡ay! que también ahora siento miedo, y se acongoja mi corazón y se enturbian mis ojos: veo el rostro hurafío de mi padre, á quien causé dolor tan grande con mi ausencia; escucho las palabras duras y agrias con que habrá de reconvenirme y reprendermé; temo su ira, y llena mi alma de mortal espanto, espío por la ventana, penetro de puntillas á la casa, enderezo mis pasos á la habitación donde mi madre llora, me arrojo sollozando á sus brazos, oculto el rostro entre los pliegues de su traje, y lloro allí, hasta que el sueño, el hambre y la fatiga cierran mis párpados y dan fin á mis congojas.

Heme aquí que regreso, ¡oh Santa Madre! ¡seca tu llanto, abre tus brazos y perdona!

* * *

Cuando la carraca voltea graznando en la torre del templo, y el sol de Viernes Santo caldea la arena enardecida, entro en la iglesia llena de frescura y calma, aspiro el sosiego inmenso de las naves, y buscando consuelo á mis tristezas, fijo la mirada, no en el altar que resplandece como el antiguo tabernáculo judío, con los enormes candelabros de oro, donde la luz se quiebra traspasando las nubes del incienso, sino en la capilla humilde y perfumada, en el severo altar, tendido todo de luctuosos paños, donde se alza la imagen de María. Hasta la luz parece respetar los supremos dolores de la Madre, y deteniéndose en la cornisa de la bóveda, lanza apenas un tímido fulgor que llega tenuemente hasta la imagen, culebrea por los pliegues de la túnica, é ilumina las lágrimas augustas que en silencio discurren por su rostro. Jamás la antigüedad pudo crear figura tan doliente y tan hermosa: los antiguos, que no veían más que por los ojos de la carne, crearon esa Venus hermosísima, rodeada de pichones y palomas, que pasca en su carroza de marfil por las ondas azules del espacio, ó visita en su concha de lustroso nacar el seno turbulento de las aguas. Pero Venus era, en verdad, la suprema hermosura que sonrío, la belleza que encanta, la mujer en la asombrosa plenitud de sus encantos físicos. En torno suyo se con-

gregaban sacerdotizas halagüeñas, que iban al templo llevadas por sus esclavos en literas, cubiertas de brazaletes y de joyas, circuídas de perfumadores, cuya altiva estatura revelaba un origen extranjero, salpicados los rizos de oro en polvo, que hacía resaltar más sus ojos negros, y reuniendo en su rostro soberanamente las facciones marmóreas de la mujer germana y el fuego divino de las orientales. La imagen más casta que pudo crear la antigüedad es la imagen de Diana, escondiendo en los bosques su hermosura. Venus es la pasión, y Diana el sueño. Antes del Cristianismo eran las vírgenes como el viviente símbolo de la prolífica naturaleza: nada más: lo mismo Nari, que es la virgen india; Isis, la egipcia; Astaroth, la hebrea; Astarté, la siria; Afrodita-Anadyómene, la griega; Vesta, la romana; Luonnoter, que es la virgen de Finlandia; Herta, adorada por los escandinavos y germanos; Dea, la diosa de los galos; Ina, la virgen madre de Oceanía; y la blanda Iza, virgen japonesa. Todas, con formas varias y diversos nombres, son la madre universal, la matriz de oro, el germen de las cosas, la brillante y eterna imagen de la Naturaleza.

Esas eran las vírgenes y diosas de los abastecidos y felices: la escultura de aquellos tiempos no sabía expresar la angustia, ni la tristeza, ni el abatimiento, ni el dolor. Los ojos de las estatuas son eternamente ciegos: no tienen luz, vista, ni lágrimas. La elocuencia de Venus reside toda en sus labios y habla por los abiertos poros de su cutis. El cuerpo escultural se baña en la dorada luz de los espacios: adentro no resplandece el resplandor interno de las almas. Es un vaso precioso que no encierra esencia alguna, un mar sereno que no guarda perlas, un cielo azul sin astros, un cuerpo blanco sin espíritu. Venus no es madre; crea por una fatalidad de su organismo: como la luz, alumbra; como el sol, calienta; como el gua, corre; como la nube, se deshace en lluvia; pero esa maternidad que comunica al hijo, no nada más la sangre de sus venas, sino la savia de su vida y el alma de su alma, no le era conocida, ni aun siquiera sospechada. Los poetas no pusieron jamás en boca de la diosa una sola palabra de ternura: era quieta, impasible, imperturbable, como la gran Naturaleza muda. El dolor no tenía entonces una madre, y los desheredados eran huérfanos. Las diosas, como los honores, como la riqueza, como los placeres, pertenecían á los abastecidos. El pobre de aquellos tiempos estaba solo en la tierra, solo en el sepulcro, solo en el cielo. Los dioses, no conociendo el dolor, tampoco conocían la caridad.

Yo me figuro á los desheredados de aquel tiempo en la forma de esa fuente de la Samaritana, que está en las catacumbas de Roma. Abajo de una escalera regular, tallada en roca dura, hay una fuente límpida, incrustada como un diamante sin facetas, en un cerco de piedra blanca y fría. Esta agua, cuya sosegada superficie no rugó

jamás el aire, es de tal modo transparente y quieta, que parece mejor trozo compacto de cristal de roca. Diríase que está soñando con el cielo. ¡Oh triste y dulce ninfa, asentada á las puertas del Erebo! Regaste con tus lágrimas amigos despojados; mas tu llanto se extendió poco á poco en la urna pétreo y hoy parece solo una ancha gota del Letheo! Ser viviente alguno se mueve en esas ondas; el día no se mira jamás en ese espejo; nunca calienta el sol aquellas aguas con sus rayos amorosos, ni la hierba se inclina sobre su imperturbable superficie; ni una flor la corona, ni una estrella le envía sus titilantes resplandores. Los gusanos dolientes que buscan esa capa de cristal para abreviar su sed, marchan á ciegas sin que rumor alguno les indique su camino; se abrazan en la sombra sin reconocerse, porque la fuente no refleja nunca ni la menor partícula de luz, y siendo inmortal, tiene también la espantosa quietud de los cadáveres.

Así, así era la humanidad en la época gentílica. Aquella ánfora delicada no guardaba esencia alguna; aquellos ojos no veían; aquel cuerpo de Venus no encerraba el alma. Medid la distancia enorme que separa á Venus de María; pues bien, esa distancia es la que media entre la religión pagana y la doctrina predicada por Jesús. No; el gentilismo no puede crear ese admirable tipo de mujer á quien rendimos nuestra devota reverencia; el gentilismo no comprendía más que la belleza grosera que hierde directamente los sentidos, no esa hermosura augusta del espíritu, que es como la transparencia de una luz en la pared delgada del jarrón chinosco. La materia no tiene aquí su apotéosis: el alma, el alma solo, esparce su perfume delicado y derrama su luz esplendorosa: Considerad, si lo quereis, la condición humana de María. Es pobre, para que todos los agobiados y menesterosos miren en ella á la doliente Madre; es Virgen, para que puedan impetrar su amparo las doncellas más castas y sencillas; es Madre, para oír las plegarias de los que piden arrodillados por sus hijos; sufre mucho, para que puedan los humanos que padecen contarle confiadamente sus congojas y pedirle el consuelo sacrosanto que solo saben dar los que han sufrido y han llorado. Esta exaltación del dolor, es una idea cristiana que apenas pudo columbrar el mundo antiguo. Para éste, los dioses debían ser seres perfectos, no sujetos á las miserias de la carne ni á los suplicios de la vida; por eso los pintaba en el pleno equilibrio de sus facultades, y en el completo desarrollo de sus formas, conformes en todo al ideal de hermosura física y bienandanza material que concebían. Su epidermis es blanca y sonrosada; su cuerpo armonioso; la salud colorea su rostro con graciosos tintes; el uno puede soportar en sus fornidos hombros todo el peso de la tierra; el otro puede discurrir un día entero por los campos, sin cansancio ni fatiga; ésta, es cifra y compendio de la belleza plástica; aquella posee

los secretos todos de la ciencia; ninguna diosa, empero, es madre, en el sentido moral de esta palabra.

Por manera que, de la santa doctrina de Jesús, que destruía y que echaba por tierra aquellos vatos ídolos, surge una civilización distinta y separada, en la que ya la mujer tiene otro empleo. Se inicia la predicación del Cristianismo, y al momento levántanse y agrúpanse las mujeres como si formaran un solo pueblo; toman parte en la vida de Jesús, le siguen y le acompañan en sus viajes, oyen sus palabras, y suben luego con el Hombre Dios hasta la dura cima del Calvario. Muerto Jesús, se adhieren á sus discípulos y apóstoles; forman cuerpo en la asamblea, profetizan, bautizan,¹ propagan con entusiasmo el Evangelio. San Pablo recomienda á Timoteo con encarecimiento á las mujeres que le ayudaron en la santa empresa. La Iglesia honra y ampara á algunas cuyo nombre era desconocido antes del Cristianismo; las viudas propiamente tales.² ¿Quién es la hermosa joven que ínterin defendían los Tertulianos el pretorio y los Sinforianos en el circo la santa causa de Jesús, va y toma asiento junto de ellos en la cárcel oscura de los mártires? Esa mujer no pertenece ya á la misma estirpe ni á la misma raza que esa sensual y muelle esclava de Asia, ó aquella cortesana impúdica de Grecia. Va á las fieras con guirnaldas y rosas y risas de contento, como iban las romanas al festín. Aquellos seres que la antigüedad declaró inhábiles para atestiguar un testamento, son testigos aquí, no de obra humana, sino de la obra santa de Jesús. Perpetua y Felícitas³ son condenadas sanguinariamente á luchar con un toro indómito y furioso: una de ellas acaba de dar á luz al hijo de su vida, y la otra está criando aún; mas nada importa; desnudas y envueltas en una red, las llevan á la arena; la muchedumbre aulla en las vistosas graderías, y el sol reverbera en el palenque, regado de azafrán, de minio y polvo de oro; las fieras rugen de hambre y de coraje, en competencia con los brutales asistentes que quieren olfatear la sangre fresca y ver los miembros despedazados de los mártires; sin embargo, aquella tumultuosa multitud no ha perdido tan por completo el corazón y se estremece á la vista de aquellas madres jóvenes de cuyo seno fluían aún gotas de leche; y conmovido exige á gritos que les devuelvan sus vestidos; transládanlas por ende, á la barrera, y momentos después, Perpetua entra de nuevo, ya cubierta por una túnica flotante que azuza á la bestia: empieza, pues, la pugna dolorosa. embiste el toro y revuelca á Perpetua ensangrentada; que poseída de valor supremo, se levanta, no para huir ni para defenderse, sino para poner arreglo en su vestido desgarrado y para anudar sus ya deshechas trenzas; y en tal arreo, porque sentaba mal que

¹ Epístola de San Pablo. *Passim*.

² San Pablo. Epístola á Timoteo, capítulo 6.

³ Actas de los mártires. Ruinart.

el mártir en su día de triunfo tuviera cubierto el rostro como en día de luto,⁴ toma á su compañera de la mano, y abrazadas, esperan ambas la acometida de la fiera, que no tarda en acometerlas y acabarlas; jejemplo edificante que demuestra cuánto se equivocaba San Jerónimo al asegurar que «las mujeres igualaron á los hombres en el tiempo de los mártires;» cosa falsa, porque lo fueron, y con mucho, superiores, puesto que, sujetas como nosotros todos á las miserias y flaquezas de la carne, sufrían todavía más por la insolencia con que atentaban los verdugos á sus cualidades morales, á su pudor precioso y soberano; por manera que muchas ocasiones el procónsul, buscando suplicios raros y desconocidos, conmutaba la pena de muerte que caía sobre una virgen, por la de ser expuesta desvestida en una plaza pública, juntamente con las ramerías; y un implacable juez, viendo que los suplicios más horribles no bastaban á arrancar una queja del cuerpo magullado de la virgen, enviaba á traer un soldado ebrio para entregársela, y decía: «puesto que tienes alma solamente, habré de martirizarla á mi sabor; á falta de flaquezas, quedante virtudes:» crimen espantoso que hace temblar de horror hasta las piedras, más compasivas que el corazón de los perseguidores.

No hay cuadro más sublime y admirable que el que ofrece esa cohorte de mujeres cristianas, en parangón con las matronas corrompidas: hubo una cortesana que se hacía llevar en lujosísima litera, cuyo precio pudo apenas pagar una generación, y Paula atravesó la Palestina en un asno;⁵ una patricia consagraba á Venus quinientos esclavos para el culto de la prostitución⁶ y una virgen, Melania, mantiene á cinco mil propagadores de la fe;⁷ las descendientes de Popea van seguidas por recuas de borricas,⁸ cuando viajan para bañarse en su espumosa leche, y la nieta de Fabio, Fabiola, se presenta en Roma llevando pobres á cuestras, cubiertos de lepra y extenuados por el hambre, para acogerlos en el hospital que había fundado. Melania se disfraza de esclava para llevar víveres á los cristianos prisioneros; Paula vende todo para darlo á los pobres, y pide prestado para poder prestar: «Ten cuidado, le escribe San Jerónimo—Jesucristo ha dicho que la que tenga dos vestidos dé uno ¡y tú das tres!»—¿Qué importa—responde ella—que me vea reducida á mendigar, ó que pida prestado? Mi familia, sin duda, pagará mi crédito y me dará un pedazo de pan; mas si rechazo al pobre y muere de hambre, ¿quién será responsable de su muerte? ¡Finalmente, María la egipcia, María la cortesana, tuvo un arrepentimiento tal,

⁴ Actas de los mártires. Ruinart.

⁵ San Jerónimo.—Vida de Saula.

⁶ Strabón, t. 8º. Fleury, Historia Eclesiástica, Lib. I.

⁷ Fleury, Hist. Ecless.

⁸ Plinio, lib. II, 41.

que desgarró su traje y fué corriendo á sepultarse en el desierto, y durante treinta años vivió sola, y desnuda, y alimentándose con hierbas que pastaba en vez de cogerlas; paseando bajo un sol ardiente su cuerpo ennegrecido, y sus largos y canos cabellos que la cubrían como mortaja.⁹

¿Quién alentaba á esas mujeres en las penalidades, y en el martirio y en la muerte? El amor á Jesús y el amor á esa Madre sacratísima, que fué casta como el albor de la mañana, y que miró morir á su divino Hijo en el patíbulo afrentoso de la Cruz. El sufrimiento la acercaba, como una ala inmensa, á esa Mujer exaltada sobre todas las demás; y en el paroxismo de sus dolores la veían, no rodeada de ángeles en la bienaventuranza, sino en la cumbre arisca de ese monte Gólgota, herido por el sol de Mediodía; al pie de la desnuda Cruz donde expiraba el Mártir; contemplando sus ojos extraviados por el dolor; el cuerpo donde se podían contar todos los huesos; las llagas, duramente abiertas que brotaban sangre; las manos y los pies taladrados por los clavos, las hebras de la rubia cabellera pegadas por los coágulos de sangre á las divinas sienes; la boca que se abría, no para demandar misericordia ni para proferir queja ninguna, sino para hacer al Padre, que está en los cielos, una súplica por esos desapiadados martirizadores; para perdonar á los verdugos, para encomendarle á ella, que sufría como jamás mujer alguna habrá sufrido, el amparo de esta doliente humanidad, que aun era huérfana, y desde aquel momento tuvo madre.

¡Ay, es verdad, oh Santa Madre! Todos te hemos ofendido, todos pusimos en tí manos sacrílegas; tu corazón fué traspasado muchas veces, y los puñales fueron esgrimidos por nosotros; pero el caudal de tu misericordia no se agota, y corre juntamente con tus lágrimas; tú sabes perdonar y á tí acudimos, acongojado el corazón, y sin fuerzas ya para seguir luchando; abre tus brazos para recibirnos; caiga sobre nosotros una gota siquiera de tu llanto, que ésta será bastante á redimirnos, y escuchemos de nuevo aquella voz suprema que decía entre los desfallecimientos de la muerte: ¡Madre, he ahí á tu hijo: hijo, he ahí á tu Madre!

Notas de Viaje

⁹ Legouvé: «Historia Moral de las Mujeres.»